

la ciudad los heridos, la tesorería, las municiones, nueve piezas de artillería, los atajos de mulas, y en fin, todo cuanto habia en ella. A las siete de la mañana se hallaba en salvo y en camino para el Alamo, escepto una pieza de á 4 y la tropa del batallon Morelos que tenia á sus órdenes el ayudante inspector D. José Juan Sanchez, á quien sin saberse por qué causa no se le hizo saber la órden de retirada. Pero si la desercion referida de las compañías de la Bahía, de Tamaulipas, la de sus capitanes y la del ayudante inspector con los demas oficiales que los siguieron no causaron desórden ni desaliento en las tropas que se retiraban de Béjar no sucedió así en las que estaban en el Alamo, y entre las que el desórden y el disgusto fueron poco menos que generales.

Y como se habian retirado allí desde los dias anteriores, las mugeres, muchachos &c., que componian las familias de las tropas; viendo estas el extraordinario movimiento de los soldados; cacar sus armas, ensillar con apresuramiento, y que algunos de los que estaban en aquel punto, tiraban las sillas y los correages por los parapetos hácia fuera para activar las operaciones, creyeron que toda la guarnicion de Béjar habia perecido y que aquella retirada de los que venian, y precipitacion de los que salian del fuerte, eran las consecuencias de una total derrota, se apoderó de tal espanto, que aumentaron el desorden con sus gritos, llantos y carreras que daban sin objeto, bagando de una parte á otra, y difundiendo así el desaliento en la misma tropa, que ató-

nita no alcanzaba tampoco á adivinar de que provenian aquellas demostraciones. En vano el general Cos pretendia tranquilizar los ánimos y restablecer la debida circunspeccion, como se necesita en momentos tan serios y dificeles; para el buen éxito, porque los intempestivos gritos de *traicion, nos quieren entregar, somos perdidos*: que se comenzaron á multiplicar, no solo apagaran la voz del aflijido general, sino que confundido entre la multitud por la oscuridad de la noche que á pocos momentos sobrevino, fué atropellado y maltratado de una manera brutal (1). Mas al fin pudo restablecer algun tanto el órden, y conociendo entonces cuán crítica era la situacion en que se hallaba, y la imposibilidad que tenia para llevar adelante el proyecto de resistencia que se habia propuesto, y mucho menos despues de habérsele desertado cerca de doscientos hombres, y éstos de los mas bien montados, ya solo pensó en limitar sus operaciones, á las que eran necesarias para una rigurosa defensiva. Mas

---

(1) Este pasage nos recuerda el que refiere Tácito ocurrido al valiente Legado Aulo Cesina en una ocasion en que los romanos estrechados por los germanos, tuvieron que pasar la noche y defenderse en un sitio pantanoso y muy estrecho. "Acaso, dice, un caballo, habiendo roto el cabestro, y corriendo de acá y de acullá, espantado de las voces y del ruido, hizo huir á algunos de los que concurrieron á detenerle: esto, pues, causó tal espanto en el ejército, pensando que los germanos estaban en el campo, que á gran furia comenzaron á salir de él;" y no pudiendo con la voz ni con la espada Cesina se arrojó en el suelo y así pudo lograr aunque con riesgo de ser aplastado y muerto, contener la fuga de los soldados. (Anales. lib. 1º)

aun para ésta tambien le faltaban los elementos mas indispensables, como municiones, víveres, medicinas, forrages, &c., agregándose á estas dificultades la de que la capacidad del recinto del Alamo era insuficiente para contener en sí el número de tropa y el de familias que allí se habian refugiado, y mucho menos los caballos, y ademas carecia de agua y leña, siendo preciso tomar la primera del rio, que podia ser defendida á tiro de pistola por los enemigos, y la leña era necesario ir por ella á una legua de distancia.

En este conflicto que la reunion de circunstancias tan melancólicas hacia mayor, ordenó á las seis de la mañana siguiente al teniente de la segunda compañía activa de Nuevo-Leon D. Francisco de Rada para que con el caracter de su ayudante fuese á la plaza de Béjar, donde habia quedado el ayudante inspector D. José Juan Sanchez para que se reincorporase al Alamo, inmediatamente abandonando el punto que habia quedado defendiendo en la ciudad. Pero Sanchez contestó á Rada que no podia abandonar la batería que mandaba, y que creia firmemente que esto se le decia porque el Sr. general Cos habia muerto: Rada comunicó esta respuesta al Sr. coronel Condelle, y éste previno á Sanchez que le entregara el punto y marchara á presentarse al general, yendo seguro de que no habia muerto.

El general Cos luego que tuvo en su presencia á Sanchez, incorporándose en la cama en que estaba postrado le dijo: *“por la cobardía y la per-*

*fidia de muchos de los que creiamos nuestros compañeros, todo se ha perdido: vaya vd. á salvar á los valientes que defienden la plaza, y lo autorizo á vd. para que se aproxime al enemigo y saque de él el partido que sea dable. Salve vd. el decoro de nuestro gobierno, el honor de sus armas, y el honor, vidas y propiedades de los gefes, oficiales y tropa que aun me acompañan, y aunque perezca yo.”* El general asoció á Sanchez para el desempeño de esta comision, á D. Ramon Musquis y al teniente Rada, y los tres marcharon acompañados de un clarin para la ciudad de Béjar, en cuyas calles encontraron al batallon Morelos que con la bandera y unos cuantos soldados de caballería presidial se retiraban en el mejor órden mandados por el Sr. coronel Condelle, y llevando á su retaguardia un cañon de á 4, (ultima pieza que quedaba en la plaza), á las órdenes del teniente de la segunda compañía volante de Tamaulipas, D. Juan Manuel Maldonado.

Mas cuando los comisionados llegaron á la plaza principal el enemigo ocupaba todas las casas de ella del lado del Norte y aunque ninguno se dejaba ver se distinguian sus rifles que asomaban por algunas ventanas y los ahujeros practicados en las paredes. En vano se les tocó parlamento, pues no entendiendo tal toque y siendo muy violenta la posicion de Sanchez y compañeros que veian apuntados hácia ellos algunos rifles, resolvieron poner un pañuelo blanco en una vara, á cuya señal salieron como treinta hombres de entre la ruina de la puerta de la casa del cura y estos preguntaron á Sar-

chez que queria, Sanchez contestó que venia mandado por su general á hablar con su comandante y que así que se avisase á la persona que los mandaba que no compareció hasta las nueve de la mañana diciendo llamarse D. Eduardo Wurlensont y acompañado del que se titulaba mayor general Tompsom y los nominados capitanes D. J. Morris y D. N. Edelt. El primero preguntó á los comisionados el motivo de su venida y Sanchez le contestó que él, de pedir una corta suspension de armas para que los efectos funestos de la guerra no gravitaran sobre los heridos mugeres y niños y demas de la poblacion que estaban indefensos. Wurlensont manifestó que tales sentimientos estaban en consonancia con los suyos, pidiendo las credenciales de aquella mision y no habiéndose podido presentar, declaró á Sanchez y sus compañeros prisioneros de guerra. Advertidos de ésto, Sanchez pidió se le permitiera dar conocimiento de lo que pasaba á su general y habiéndosele concedido, mandó al teniente Rada al Alamo y este regresó (á las 11) con un oficio firmado por el general Cos en que decia á Wurlensont ser cierta la propuesta de sus comisionados. En consecuencia se hicieron proposiciones por una y otra parte que á la vez fueron desechadas ya porque así lo exigia el pundonor de los soldados mexicanos de una parte ya porque no quedaban satisfechas la ambicion y petulancia de los colonos por la otra que (engreidos en su posicion y muy cierto de lo difícil, y mas difícil, que á cada momento se hacia la de las tropas

del gobierno, reducidas al recinto del Alamo, en donde no habia víveres ni aun agüa para los hombres) querian que los gefes y oficiales de la guarnicion, toda, quedaran prisioneros de guerra y que la tropa rindiera las armas, con otras pretensiones tan indecorosas como exesivas é insultantes. Así se pasaron toda la tarde y noche del dia 10 en disputar entre los comisionados reunidos al efecto en las casas consistoriales de Béjar y á quienes servian de interpretes D. Miguel Arsiniega y D. Juan Cameron, hasta que á las dos de la mañana del dia 11 Tompsom, Morris y Edelt presentaron á nombre de Wurlensont (presente éste) unas proposiciones reducidas á que la division del gobierno se retirara armada, municionada y con todos los honores de la guerra á disposicion del mismo hasta las márgenes del Rio Bravo; que los heridos imposibilitados para marchar serian atendidos y curados de cuenta de las fuerzas coloniales: que estas respetarian las vidas y propiedades en general y en particular de todos los habitantes de Béjar: que á las fuerzas que se retiraban les darian los colonos aguardiente, arros, café, mais y azucar: que las personas que quisieran seguir á la division mexicana ó quedarse en Béjar eran libres para hacer uno ú otro sin que su proceder les parara en ningun perjuicio; y últimamente, que á cualesquiera duda que ocurriera se resolveria por solo los seis comisionados, precisamente á favor de las tropas que se retiraban. Tales proposiciones le parecieron racionaels á Sanchez Murguis y Rada y en con-

secuencia las aceptuaron y consiguieron formalmente que por cuatuplicado en castellano y en ingles firmando, todos los tres comisionados juntamente con Tompson, Morris y Edelt y los interpretes Arsiniega y Camaron; pero reservando al señor general Cos, el aprobar ó reprobador los expresados artículos, los cuales fueron aprobados para dicho general con algunas prudentes modificaciones entre las que tubo lugar la de no recibir los efectos que los colonos ofrecieron de auxilio para su marcha; porque (fueron sus palabras,) “el ejército mexicano, ni recibe, ni necesita recibir nada dado de sus enemigos.”

El día 12 se empleó en arreglar lo necesario para la marcha y esta se emprendió el 13 de Diciembre para la villa de Laredo en el mayor orden, llevando un cañon de á cuatro con algunas municiones para él, y todo el número de hombres que ascendia á mas de ochocientos incluso los reemplazos, armados de fusil, bayoneta y municiones á razon de cincuenta cartuchos sin olvidar los víveres, equipajes, &c. &c.

En Béjar fué indispensable dejar algunos oficiales y soldados heridos, que no estaban en estado de poder ponerse en camino. En los primeros se contaban el primer ayudante D. José María Mendoza, el capitan D. Benito Zenea, el teniente de la segunda compañía de Nuevo-Leon D. Francisco Rada, y el subteniente D. Ignacio Solio, que se quiso quedar voluntariamente para curarlos. De los soldados no tenemos conocimiento, quienes, ni cuantos fuesen.

Y pues dejamos ya en marcha al general Cos,

y la seccion de su mando, dignos de mejor destino, volvamos un poco atras, para saber, lo que entre tanto que estos sucesos pasaban en Béjar, hacia de su parte el gobierno de la República en la capital de México.

